

YVON GRENIER, JORGE DOMÍNGUEZ,  
JULIO CÉSAR GUANCHE, JENNIFER LAMBE,  
CARMELO MESA-LAGO, SILVIA PEDRAZA,  
Y RAFAEL ROJAS

## *¿Cuándo terminó la Revolución cubana?: Una discusión*

### **RESUMEN**

El propósito de esta mesa redonda es iniciar una discusión necesaria sobre la definición y la periodización de la revolución cubana. Aunque hay miles de publicaciones científicas sobre el tema, pocas examinan sistemáticamente el uso polisémico del concepto de revolución, tanto en el discurso oficial como en los estudios cubanos, o cuestionan la noción de que la revolución (la “Revolución,” con mayúscula) nunca terminó. Aquí cubanistas de diversas disciplinas contestan una pregunta simple: ¿Cuándo terminó la Revolución cubana, si alguna vez terminó? Como era de esperar, no hay consenso en una fecha o un período, aunque hay una cierta convergencia hacia mediados de los años setenta.

### **ABSTRACT**

The purpose of this roundtable is to initiate a necessary discussion on the definition and periodization of the Cuban Revolution. Although there are thousands of scientific publications on the subject, few systematically examine the polysemic use of the concept of revolution, in both the official discourse and in Cuban studies, or question the notion that the revolution (or the Revolution, with a capital *R*) never ended. Here Cubanists from different disciplines answer a simple question: When did the Cuban Revolution end, if it ever did? As expected, there is no consensus on a date or period, although there is a convergence toward the mid-1970s.

### **Introducción: La revolución como problema**

*Yvon Grenier*

El discurso oficial en Cuba tiende a amplificar el significado del concepto de Revolución (siempre con una *R* mayúscula), ensanchando sus contornos tanto verticalmente (es un proceso centenario y sin fin) como horizontalmente (revolución = líder = gobierno = nación). Esto es inusitado.<sup>1</sup> Las definiciones de la revolución son muchas, pero generalmente designan un proceso (no un actor), a la vez rápido y violento, que moviliza nuevos actores políticos, y que conduce a un cambio de régimen político y a cambios profundos en la sociedad.<sup>2</sup>

En general se sabe cuando termina el ciclo revolucionario cuando se adopta una nueva constitución; pero en el caso cubano, ¿es la legalidad tan importante para un régimen que esperó diecisiete años para adoptar una constitución propia (i.e., importada de Rusia)? Las revoluciones pueden tener impactos a muy largo plazo, como cualquier mega-evento histórico (guerras, colapsos de estados o imperios, pandemias). Pero hablar de cincuenta años de revolución, o de un régimen institucionalizado (¿osificado?) desde décadas como revolucionario parece ser, según la mayoría de las teorías de la revolución, un oxímoron.<sup>3</sup> Cuesta deshacerse de la impresión que la Revolución cubana así concebida encanta (al revés del “desencanto” de Weber), mitifica y desproblematiza la historia.

Sin embargo, el caso cubano puede ser único. Quizás una definición un poco *fourre-tout* y polisémica permite un análisis más amplio de la epopeya cubana contemporánea. ¿Es útil para los analistas de la realidad cubana concebir la revolución como una búsqueda sin fin de emancipación nacional, o como el otro nombre de la nación y del gobierno? ¿Esto ilumina u oscurecen las reglas del juego político y el proceso de toma de decisiones? ¿Se puede dar por hecho que “la Revolución,” más allá de los actores políticos, existe como memoria y ambición colectiva, sin contar con las herramientas y datos necesarios para escudriñar la opinión pública en la isla?<sup>4</sup>

Curiosamente, aunque contamos con miles de publicaciones científicas sobre la revolución y el impulso revolucionario en la isla, y que la palabra revolución es sin lugar a duda la más cansada en las discusiones sobre Cuba en la isla, el interés por el análisis del uso singular del concepto de revolución es casi nulo. Los libros históricos sobre la revolución cubana en general omiten el cuestionamiento sobre la periodización de la revolución. Quizás es más fácil reproducir un automatismo narrativo tan común que suena neutral e inocuo. El propósito de esta mesa redonda es iniciar una discusión necesaria sobre este tema. El desafío, para el grupo de seis destacados cubanistas de varias disciplinas, es el siguiente: sin decirlo todo, decir todo lo que hay que decir, en dos rondas y menos de diez mil palabras, en respuesta a una pregunta clara: ¿Cuándo terminó la Revolución cubana, si alguna vez terminó? Cada uno ofrece una primera respuesta y luego, un comentario final.

**“La burocratización de los procesos políticos, económicos y sociales, principalmente a partir de la década de 1970, puso fin a la Revolución”**

*Jorge I. Domínguez*

“Los dirigentes de la Revolución,” escribía Ernesto (Che) Guevara en *El hombre y el socialismo en Cuba*, publicado en 1965, “tienen hijos que en sus pri-

meros balbuceos, no aprenden a nombrar al padre; mujeres que deben ser parte del sacrificio general de su vida para llevar la Revolución a su destino; el marco de los amigos responde estrictamente al marco de los compañeros de Revolución. No hay vida fuera de ella.”

Es cierto que ya en 1965 Guevara estuvo en proceso de pasar de sus responsabilidades en el gobierno de Cuba hacia su última fase de guerrillero transnacional. Es cierto también que este párrafo se refiere explícitamente a los dirigentes. Sin embargo, no es menos cierto que pronto el gobierno, el que será pocos meses después de aquella publicación del Partido Comunista de Cuba, y las organizaciones de masas exhortarían a los jóvenes Pioneros que sean “como el Che.” El texto del Che captó bien lo que ya venía siendo la política oficial; su aporte personal lo transformó de observación empírica a dogma sacro.

Por lo general, esta entrega total a la causa revolucionaria se difunde como proyecto oficial reiteradamente por toda la ciudadanía a medida que avanza la década de 1960. La subordinación de la vida personal—familia y amistades—a esa causa revolucionaria fue un elemento definitorio de ese proyecto revolucionario. En esos momentos, no hubo duda que fue un proceso revolucionario encabezado por un gobierno revolucionario, y de ahí surge la idea de revolución con mayúscula como el proyecto oficial.

Esa revolución, con esas características, lanzó la campaña de alfabetización, que sacó a niños de sus casas en aras de alfabetizar y así lograr una transformación nacional. Esa revolución fue la que venció en Playa Girón y la que una y otra vez, “hasta la victoria siempre,” según el lema oficial, le declaró con éxito la guerra a los huracanes que azotan el archipiélago cubano. Esa revolución fue la que envió a los sospechados de ser homosexuales a las Unidades Militares de Ayuda a la Producción (UMAP), en un intento alucinante de transformarlos supuestamente en heterosexuales. Esa revolución fue la que insistió en los estímulos morales como motivación laboral privilegiada, desembocando en el descalabro económico nacional al concluir aquella primera década.

Estos variados ejemplos señalan la complejidad de esa revolución. Es bueno enseñar a leer y escribir; es bueno responder eficazmente frente a desastres naturales. Sin embargo, una revolución con ese poder puede, al lanzarse por un sendero erróneo y pernicioso, causar notables daños.

Esta revolución fue un proyecto desde arriba. Por supuesto, ni todos los cubanos, ni siquiera todos los dirigentes, se desentendieron de sus familias o limitaron sus amistades al círculo de la revolución. Muchos de los intentos de movilización fallaron, no solamente por su ineficiencia sino además por falta de entusiasmo. Los intentos más persistentes desembocaron en la huelga de brazos caídos que fue la secuela de la gran zafra de 1970. Los homosexuales también, aparentemente, se resistieron al cambio. Pero no dejó de ser un proyecto sistemático, consistente, poderoso, dispuesto a movilizar recursos y

arrasar obstáculos, convencido de la superioridad de esa moral revolucionaria, definitoria de la revolución.

Ese proyecto desde arriba terminó, no de pronto pero sí paulatinamente, y en esos términos la revolución terminó hace mucho, e impera un gobierno conservador de ese pasado de más de medio siglo. El predominio de los incentivos morales se redujo durante la década de 1970 y han dejado de controlar y paralizar los procesos económicos, a pesar de intentos de reavivarlo durante la rectificación de la segunda mitad de los años 1980 o durante la Batalla de Ideas, últimos suspiros de Fidel Castro como presidente. El intento de cambiar la orientación sexual de tantos dejó de aplicarse, y poco a poco se debilitó la homofobia oficial. Las grandes movilizaciones, limitadas ya principalmente a las efemérides nacionales, y limitadas además a un horario que no interrumpa ni los días laborables ni las fiestas, no son ni la sombra de lo que fueron. La burocratización de los procesos políticos, económicos y sociales, principalmente a partir de la década de 1970, puso fin a la revolución e inició una fase nueva, menos heroica en su cotidianeidad. La participación de Cuba en guerras africanas fue un ejemplo dramático del esfuerzo de mantener la heroicidad pero ya exógena y excepcional en tiempos de guerra, mediante un comando militar institucionalizado y jerárquico en todos sus aspectos, no simplemente por seguir las consignas de un Comandante en Jefe.

¿Cuándo terminó la revolución? La aprobación de una nueva Constitución y la convocatoria al Primer Congreso del Partido Comunista de Cuba—es decir, mediados de década de 1970—señalan simbólicamente, y en términos prácticos y efectivos—el paso definitivo de la revolución al socialismo burocrático. Ya se vislumbraba ese cambio desde el fin de la gran zafra de 1970, y ya se seguiría consolidando ese cambio en el tiempo. La revolución fue un hecho histórico. La revolución fue un proyecto oficial, ya también parte de la historia nacional, no de su presente.

### **“La Revolución cubana duró entre 1953 y 1976”**

*Julio César Guanche*

Cuando Napoleón se coronó emperador, Beethoven tachó su nombre de la dedicatoria de la Sinfonía N° 3. El acto del “corso vil” ponía un fin a la Revolución francesa. No obstante, dos siglos después de 1789, Furet se veía aún en la necesidad de exigir el fin de la revolución: “La Revolución francesa ha concluido.” El historiador cuestionaba que a la revolución se le otorgase nacimiento pero no fin. Había que enfriarla—terminarla—para poder estudiarla.

En contraste, Hobsbawm explicó por qué se ha considerado esa revolución como “sin final”—esto es, con ilimitada actualidad—: “fue un conjunto de acontecimientos suficientemente poderoso y universal en su impacto como

para transformar permanentemente aspectos importantes del mundo y para presentar, o al menos dar nombre, a las fuerzas que continúan transformándolo.” En Francia los reyes recuperaron el trono, pero no regresó el antiguo régimen. Hoy los bienes comunales son allí propiedad colectiva municipal, un contenido central del 89, junto a la propiedad libre de la tierra.

Es aceptable que la Revolución mexicana comenzó en 1910, pero es difícil certificar si concluyó en 1913, 1923, 1928 o 1940. El cardenismo, experimentado dos décadas tras la revolución, se ha tomado como la realización de esa revolución, por la reforma agraria y la mexicanización del petróleo. El cardenismo no ha regresado en esas formas, pero devino un recurrente mito nacional—sin fin—sobre el contenido de la revolución.

Como argumentó Ernst Bloch, las formas ideológicas tienen vida más allá del aquí y ahora en que nacieron. Van más allá de sus pretensiones de origen: pueden ser, y son, apropiadas y resemantizadas. La posteridad de las revoluciones puede sobrevivir así a sus finales. Con todo, es una necesidad darles cierre, pues la revolución no es sinónimo de historia. La revolución podría ser permanente, como en Trotski (a través de la teorización del desarrollo desigual y combinado, del cual la revolución permanente es una estrategia), pero no puede ser infinita. Como la revolución no es la historia, y menos el fin de la historia, no puede ser eterna.

Martí precisó esa distancia a través de la diferencia entre revolución y república. Por ello, la Constitución de Jimaguayú (1895) regiría “a Cuba durante dos años [. . .] si antes no termina la guerra de independencia.” Según Martí: el “profundo conocimiento de la labor del hombre en el rescate y sostén de su dignidad: éstos son los deberes, y los intentos, de la revolución. Ella se regirá de modo que la guerra, pujante y capaz, dé pronto casa firme a la nueva república.” La metáfora de la “casa firme” tiene traducción teórica: un proceso de institucionalización pone un fin a la revolución, aunque el marco institucional no pierda por ello a priori contenido revolucionario, si así lo asumiese: “La revolución no es la que vamos a iniciar en la manigua, sino la que vamos a desarrollar en la República.”

Existen otras formas parecidas de decirlo. José Antonio Echeverría (1956) escribió: “La revolución es el cambio integral del sistema político, económico, social y jurídico del país y la aparición de una nueva actitud psicológica colectiva que consolide y estimule la obra revolucionaria.” Fidel Castro lo argumentó así (1953): “Suele darse el nombre de revolución a los pequeños desórdenes que un grupo de insatisfechos promueve para quitar a los hartos sus prebendas políticas o sus ventajas económicas [. . .]. Ése no es el criterio del filósofo de la historia, no puede ser el del hombre de estudio.” En ello, la revolución es un proceso de cambio social fundamental, en el cual la ruptura y la distinción con el ayer resulta fundamental, para dar paso a la institución de un nuevo orden que rectifique el pasado y otorgue forma al futuro.

Una genealogía teleológica asegura la existencia de una sola revolución cubana comenzada en 1868. No obstante, Cuba ha experimentado cuatro revoluciones (1868, 1895, 1933 y 1959), diferenciadas por el país y la sociedad en que tuvieron lugar. Dicha teleología no es el dato más firme que permite discursar sobre la Revolución cubana como proceso sin final, sino este otro: el régimen político nacido de la revolución comenzada con el asalto al cuartel Moncada (1953), triunfante en 1959, y definida en un rumbo específico tras las victorias en Girón (1961) y en la llamada “Lucha contra Bandidos” (1965), se mantiene en el poder.

Sin embargo, la duración de una revolución no es matemáticamente equivalente a la existencia del régimen político instituido por ella y legitimado en su nombre. Para Deutscher, a diferencia de la francesa, la Revolución rusa “había durado.” Stalin conservaba el poder con un “coste terrible,” pero mantenía las simbologías de 1917. Para E. H. Carr, algunos de los logros de esa revolución eran “irreversibles”—la irrupción de las masas en la política del siglo XX y la planificación estatal de la vida económica—, pero visto lo visto la forma en que duró abrió paso sin cortapisas al crudo capitalismo ruso.

Una revolución eterna es una contradicción en los términos. La Revolución cubana duró entre 1953 y 1976. De entonces a hoy es un régimen institucional posrevolucionario, lo que no significa la cancelación de la revolución como mito nacional, para sus defensores y sus enemigos. Al propio tiempo, es un hecho que el discurso oficial cubano emplea “Revolución cubana” como proceso sin fin. Para su estudio, es crucial analizar no sólo lo que el discurso dice, sino también lo que su proponente hace con él—esto es, atender a la dimensión performativa del lenguaje—: sus usos reales dentro de los repertorios de construcción de poder y hegemonía, con independencia de lo que creamos sobre el hecho real de cuándo acabó, o si efectivamente acabó. Por otra parte, es crucial rastrear sus usos reales en los distintos sujetos sociales actuales cubanos, pues allí donde se use habrá que estudiarlo como forma viva de la duración de la Revolución cubana. Sé que esto acarrea encendidos debates pero, recuérdese, “uno no pierde los estribos ante las cuestiones muertas.”

### **“The Demise of the Socioeconomic Goals of the Cuban Revolution”**

*Carmelo Mesa-Lago*

The revolution did not “end” in a specific year but occurred during a time period. Previously I developed a periodization of the revolution, under a socio-economic viewpoint based on eight cyclical movements, away from the market (idealist) and toward the market (pragmatist): (1) 1959–1966, market erosion, Soviet orthodox model, and socialist debate (idealist); (2) 1966–1970, adoption and radicalization of the Guevarist model (the strongest idealist); (3) 1971–

1985, Soviet model of timid economic reform (pragmatist); (4) 1986–1990, rectification process (idealist); (5) 1991–1996, Special Period and market-oriented reform (pragmatist); (6) 1997–2002, halting the reform (stagnation); (7) 2003–2006, Reforms reversal (idealist); and (8) 2007–2017, Raúl Castro’s structural economic reforms (the strongest pragmatist).<sup>5</sup>

Political stages are intertwined with the above cycles; for example, the institutionalization period (1970–1985) overlapped with the 1971–1985 pragmatist cycle.<sup>6</sup> I agree that, from a political angle, the revolution ended at this stage. The goals of the revolution were economic development, universal and free social services, the reduction of income inequality, and the elimination of unemployment and poverty. Two means to attain those goals are state ownership of the means of production and central planning, both of which provoked grave harm in the long run but were successful in this period, with sizable Soviet aid.

Cuban statistics are often questionable, but they do show that said goals achieved a zenith in 1985: the highest economic growth rates, investment, and real wages under the revolution, as well as zero fiscal deficit. After the ten-million-ton sugar harvest failure, the country produced between seven million and eight million tons without disrupting the rest of the economy. The monetary overhang declined from 88 percent to 29 percent of income. Cuban social indicators led in Latin America and some Eastern-European countries: universal, free, and good-quality education and health care, high real wages, virtual universal pension coverage of the labor force, income equality, low open unemployment, low poverty levels, and a peak in housing construction. State ownership of the means of production was complete, except for 3 percent in agriculture; five-year plans were in operation throughout this period. In 1970–1985 the Soviet Union granted Cuba US\$40 billion, mostly in donations and price subsidies, and annual Soviet credits covered all trade deficits. Such generous support helped advance the goals of this period but also sow the seeds for a harsh reversal.<sup>7</sup>

In 1986–1990, a new idealist period (with further restrictions in the tiny private sector and recentralization) led to declines in gross domestic product (GDP), production, and productivity, which weakened the country in the face of the collapse of the Soviet bloc and the worst socioeconomic crisis since the Revolution. In 1985–1993, all key indicators sank: GDP, 45 percent; investment, 25 percent; Soviet-Cuban trade, 93 percent; total exports, 81 percent; imports, 75 percent; oil imports 50 percent; sugar output, 50 percent; manufacturing output, 80 percent; and nickel, 23 percent. With the loss of Soviet subsidies, the export price of a pound of sugar declined by 79 percent, and that of nickel by 55 percent. Others indicators jumped: inflation, 26 percent; monetary overhang, 88 percent; food imports, 116 percent; and external debt, 150 percent. The fiscal deficit turned from a US\$200 million surplus to a US\$5 billion

deficit. The exchange rate of 8 pesos per dollar leapt to 25 pesos per dollar. In 1996, the United States compounded Cuba's problems by strengthening the embargo.

The economic debacle had devastating effects on the population: the real wage plunged by 90 percent and the real pension by 84 percent, open unemployment and underemployment peaked at 33 percent, rationing was tightened (and a severe food scarcity resulted), dwelling construction sank 38 percent, and income inequality worsened. Some previously eradicated vices, like prostitution, corruption, and mendicity, reappeared. The lack of oil provoked long electricity blackouts. The government tried to ameliorate the crisis: for example, a twofold increase in physicians per thousand inhabitants and a reduction of 43 percent in the infant mortality rate.<sup>8</sup> But these measures were grossly insufficient to protect the people from the crisis.

Timid economic reforms were introduced in 1993–1996 to avoid a regime collapse, such as authorization of self-employment, free agricultural markets, and the transformation of state farms into cooperatives, hence lessening the state sector. The central plan was replaced by an emergency adjustment program. Many foreign experts and a good part of the Cuban people questioned whether the revolution had died.<sup>9</sup>

Subsequent periods confirmed the demise of the economic and social goals of the revolution. Most economic indicators had not recovered their peaks by 2016: the industrial index was 41 percent below the peak; sugar production, 76 percent; and nickel, 29 percent. The real wage was 61 percent lower than at its peak, and the real pension, at 50 percent; open unemployment and underemployment accounted for 28 percent of the labor force; income inequality expanded enormously, and poverty grew. Social expenses as a percentage of GDP, peaked in 2007, afterward falling by 8 percentage points, thus harming access to and quality of health care and education. In 2006–2016, health personnel dropped 22 percent, and all rural hospitals were shut down. Enrollment in higher education sank 71 percent, and all secondary schools in the countryside were closed. Infant mortality kept declining, but maternal mortality rose from 29 percent to 49 percent per hundred thousand births; the number of physicians per thousand inhabitants steadily increased, but 44 percent of them work abroad. Housing construction plunged by 80 percent. In view of a mounting vulnerable population, social assistance should have been extended, but it slumped 30 percent.<sup>10</sup>

In 2002–2013, Cuba received substantial economic aid from Venezuela, which became Cuba's first trade partner, supplying 60 percent of oil needs, buying US\$9 billion of Cuban professional services, and investing heavily in the island. In 2010, the whole economic relationship equaled 10 percent of Cuba's GDP and peaked at 15 percent in 2013. But Venezuela's crisis badly harmed Cuba. In 2004–2008, GDP annual growth averaged 8 percent, but it shrank to 2.4 percent in 2009–2015 and –0.9 percent in 2016. In 2017, Hur-



ricane Irma and Trump's sanctions should provoke another negative rate. The crisis today is now the worst since the 1990s, and it's growing.<sup>11</sup>

Raúl Castro's structural economic reforms have been positive, but they still uphold the predominance of central planning of the market and of the state over private property; this policy has been unable to accomplish tangible economic results, producing instead adverse social effects. Since 2015, the reforms have been halted and some of them reversed. The long-discussed plan of 2015–2030 did not take into account the Venezuelan crisis, and the plan contains a laundry list of goals without ways to attain them; there is not a coherent and effective strategy to overcome the crisis.

The Cuban Revolution has depended heavily on generous aid from and beneficial trade with the Soviet Union and then Venezuela. In half a century (or 84 percent of the revolution), the island has received about US\$100 billion in aid (US\$2 billion annually) but has been incapable of transforming the country's economic structure to generate enough exports to finance its imports and produce adequate and sustained economic growth. The latter has been erratic and partly the outcome of foreign aid; advancement of social goals has been facilitated by external support, which suffered when that support ended. Possibilities for meeting the original goals are currently doomed.

### **“It may not be up to us to decide”**

*Jennifer Lambe*

In an oft-quoted passage from “Theses on the Philosophy of History,” Walter Benjamin evokes the temporal disruption associated with political change. The “great revolution,” he relates, “introduced a new calendar. The initial day of a calendar serves as a historical time-lapse camera. And, basically, it is the same day that keeps recurring in the guise of holidays, which are days of remembrance.”<sup>12</sup> In this *Groundhog Day* version of chronography, the revolutionary sense of time collapses the past into the present, then projects it perpetually into the future.

Referring to the outbreak of revolution in late eighteenth-century France, Benjamin traces how history (consciousness of time) played out on both metaphorical and literal planes. “On the first evening of fighting,” he tells us, “it turned out that the clocks in towers were being fired on simultaneously and independently from several places in Paris. An eyewitness, who may have owed his insight to the rhyme, wrote as follows:

Qui le croirait! on dir, q'irrités contra l'heure  
De nouveaux Josués au pied de chaque tour,  
Tiraient sur les cadrans pour arrêter le jour.<sup>13</sup>

It is tempting to see in this epigram merely another reflection of the human battle against forces destined to prevail at end, most especially mortality itself. Revolution might thus be understood as a project of willful youth and constant renewal. In its compulsion to relive the moment of its birth, it refuses to admit the passage of time, which pounds at the door like an unwelcome guest. In this, like all other quests for eternity, revolutionary forces—even those that proclaim scientific atheism as a guiding principle—inevitably reach toward the metaphysical.

By way of juxtaposition, we might offer Jean-Paul Sartre's classic account of the early revolution at work. The euphoria of political transformation, he suggests, had turned the very rhythms of time upside down. For Sartre, no fact was more emblematic than the young *barbudos'* avoidance of sleep. "Night doesn't enter this office," he marvels on the occasion of his meeting with Che Guevara. "Among these fully awake men, at the height of their powers, sleeping doesn't seem like a natural need, just a routine of which they had more or less freed themselves." In revolutionary Cuba, Sartre concludes, "they still speak of nights and days, but it is out of habit."<sup>14</sup>

Indeed, the urgency of the early 1960s drew from a sense that too much time had already been lost. Burdened by the heritage of foiled movements past, it was up to revolutionaries of the present to hasten Cuban history toward its telos, the radical liberationist project dating back to the nineteenth century or even before. But all the hurry was not just a question of destiny. As Sartre recognized, there were real and proximate forces—most notably, US hostility—that threatened to doom the radicalizing Cuban Revolution to the same fate as its predecessors: "Thus, danger comes to it from its best works. It grows with Cuba's improvement. It is a race against the clock."<sup>15</sup> Shooting at that pesky reminder of mortality would not have seemed so strange after all.

Revolutionary haste unleashed energies of historical proportions, with an intensity familiar to any writer who has ever toiled against a deadline. Each night of sleep denied produced a renewed sense of hyperactivity that drove the next slumberless reverie in turn. The extension of day into night, of school year into summer, of workday into nighttime classes, militancy, and beyond: the more Cubans sacrificed their personal time, the more they were asked to give. At the risk of veering into abstraction, we might pose a question about the conservation of political energies: where did all the adrenaline go? The most obvious answer is that the Revolution itself absorbed the surplus.<sup>16</sup>

Popular cathexis lit the spark of mythifying animation. It turned a revolution into "the Revolution," no longer mere event but a vivified entity in itself.<sup>17</sup> In Cuba, the nominalization and metaphorization of "revolution" thus came to full fruition. The world spun on its axis, propelled by cane harvesters, literacy educators, and block watchers, and a paradoxical process of personification set in. On the one hand, as a result of both state messaging and popular adher-

ence, “the Revolution” and Fidel Castro, its increasingly singular leader, began to merge, not unlike Dr. Frankenstein and his creation. The sheer number of CIA plots to assassinate Castro drew on exactly that logic—that the Revolution could be terminated by cutting off its head—as did prognostications on the recent occasion of Fidel’s death. Political slippages were built into this conflation, including the erasure of the diverse constituency that had brought the Revolution to power. Yet they were balanced by a parallel path of personification that turned all Cubans into the raw matter of revolution. Fidel-as-Revolution made the island’s political project constitutively dependent on one man. But “*somos la Revolución*” portended the perpetual renewal of its life span from below.<sup>18</sup> The all-consuming nature of revolutionary process applied not only to its partisans but to its opponents as well. All Cubans, whatever their ideological leanings or place of residence, found themselves pulled into the Revolution’s ever-expanding reach.

At some point, utopian visions must contend with their terrestrial limitations. Already by the early 1970s, with economic and political Sovietization came a certain routinization. As Michael Bustamante argues in a forthcoming essay, this brought with it a kind of obsessive orientation to past heroics, as the prospect of future glory appeared to evanesce.<sup>19</sup> For most Cubans, perhaps, this ushered in the chance to finally and fully inhabit the present.

Some scholars have argued that this moment—or that of the Special Period decades later—marks the Revolution’s terminus. If we look to political and socioeconomic criteria, there is much to recommend this view. Yet popular discourse would suggest a less straightforward conclusion: that the Revolution (not process but *personaje*) instead settled into a more mundane position in the background of popular consciousness. As with the deteriorative ennui of a long-term relationship, some Cubans who grew up with “la Revolución” have found the immediacy of their lifelong companion beginning to fade, or have developed towards it a kind of resigned ambivalence. Others have sought to revitalize revolutionary fervor in political crossfire across the Florida Straits, but today’s youngest generation hardly knows it at all. The ambient energies that drove the Revolution’s anthropomorphization may have finally petered out, with no new source of fuel (literal or figurative) to renew them.

Even so, as long as “Revolution” remains a category that for Cubans bears an obvious meaning—however attenuated or unpalatable, stragically or cynically deployed—terminal language, I would suggest, is premature. Historical evidence affords an important lesson in this regard: political elites may have exercised a monopoly in shaping Cuba’s political destiny, but the *somos* made revolution heterogeneous, if not necessarily inclusive, as it was mobilized from below. Social scientists can and should debate structural criteria to reach our own conclusions about when revolutions end. Nonetheless, it may not be up to us to decide.

**“The Cuban Government Built and Rebuilt Itself Three Times”***Silvia Pedraza*

Yvon Grenier is correct in pointing out that too often the term *la revolución* as used by leaders of the Cuban government, as well as by intellectuals both in Cuba and outside of Cuba, who attribute thoughts (*la revolución piensa*) or actions (*la revolución decreta*) to this abstract entity, becomes a way for that same government leadership to avoid taking responsibility for their actions and policies. It also becomes a way for the intellectual leadership to avoid the real analysis of politics—who gets what and why.<sup>20</sup>

Grenier poses to a number of experts on the Cuban Revolution this question: When did the Cuban Revolution end? Surely it must have ended at some point earlier than its now fifty-sixth year.

To assess this, I looked into some of the theoretical literature on revolutions, particularly regarding its definition and what makes it different from other social phenomena.

In general, social scientists agree with the basic definition that a revolution is a social process that results in a fundamental change in political power and profound changes in society, a process that takes place in a relatively short period of time when new political actors are mobilized. Typologies abound as to the different types of revolution. In my own work, I have distinguished political from social revolutions. In its origins, the Cuban Revolution was a political revolution that was fought against the tyrant Fulgencio Batista to restore the Cuban Constitution and the rhythm of elections that his coup d'état had broken; under the charismatic leadership of Fidel Castro it became a social revolution that deeply transformed society.<sup>21</sup> This distinction is also present in the work of Jeff Goodwin.<sup>22</sup> Political revolutions entail the overthrow of a political regime by a popular movement in an extraconstitutional or violent fashion. Social revolutions entail not only mass mobilizations and regime change but also rapid and fundamental social, economic, and cultural change, during or soon after the struggle for state power.

Jack Goldstone noted that so many social scientists have striven to understand revolutions that there are four major generations of scholars, each with a different viewpoint and emphasis.<sup>23</sup> In the last generation, in which my own work belongs, Charles Tilly, Doug McAdam, John D. McCarthy, Mayer N. Zald, Sidney Tarrow, and others argued that it was more useful to think about social revolutions together with other forms of “contentious politics,” especially social movements, with which they overlapped, so as to gain insights from the study of both. Most usefully, Tilly differentiated revolutions from what they are not: they are not coups d'état (which do not attempt to transform institutions or the justification for authority), civil wars (here the distinction is, at times, less clear), revolts or rebellions (which can lack a clear aim), abortive

revolutions (as in Cuba in 1933), or peaceful regime transitions through electoral means to democracy (as in Eastern Europe's exit from communism).<sup>24</sup> The "great revolutions" are certain: French (1789), Russian (1917), Chinese (1949), Cuban (1959), and Islamic Revolution of Iran (1979).

All definitions of revolution agree that the fundamental changes in political power and organizational structures take place in a relatively short period of time. Thus the Cuban Revolution surely ended long before its now fifty-six years—but when? Grenier's survey of experts on Cuba's revolution yielded different answers: Nelson Amaro gave us the five stages the revolution swiftly traversed in its origins.<sup>25</sup> Both Amaro and I see the first ending of the revolution in 1961–1962, when it was consolidated with the failure of the Cuban exiles' invasion at the Bay of Pigs. Moreover, Castro finally owned up to his having been a Marxist-Leninist all his life and made clear the revolution was a Marxist and socialist revolution.

To me, the revolution ended a second time in 1968–1976, with "the revolutionary offensive" that confiscated all small businesses in Cuba; the death of Che Guevara in Bolivia and the resultant effort to export revolution to Latin America; and the end of the total mobilization of the Cuban people all over the island to achieve Fidel Castro's empty dream of *la zafra millonaria* of ten million tons of sugar. This was the end of revolutionary utopia and of "the revolutionary effervescence," as one of my respondents called it, many had lived with. This ushered in a new phase in the 1970s, when the regime adopted its new 1976 Constitution and the Partido Comunista de Cuba was institutionalized. Carmelo Mesa-Lago has called this a period of pragmatism, following on the earlier period of romanticism. To Mesa-Lago, the period of the institutionalization of the revolution (1971–1985) may be considered the end of the revolution because it was then able to accomplish its goal of reducing inequality by eliminating unemployment and poverty and widely distributing social services (education and health) thanks to the generous aid it received from the Soviet Union and its trade with the Eastern European communist countries.<sup>26</sup>

Is it possible for *la Revolución* to have more than one ending? Here the analysis of Arthur Stinchcombe (1999, 50) is most helpful, for he makes clear that he conceives "the core of revolution to be uncertainty about who, and what policies, will rule in the near and medium-run future." He emphasizes that "uncertainty about power distribution, then, preserves the condition of rapid changes of relative power—preserves revolution" (51). Thus, there are two major moments in Cuba's history from 1959 on when the great uncertainty generated by the particular policies of the government with respect to the relative power of social classes, races, political parties, legislatures, military groups and so on, came to an end: 1960–1962 and 1968–1976.

I argue that the revolution had a third ending, in 2001–2013—the years during which Hugo Chávez's new government in Venezuela brought about

great uncertainty, steep decline, and hunger generated by the collapse of Cuba's lifeline and benefactor, the Soviet Union and Eastern European communism, thanks to the new alliance that developed then. The steep decline and want that began with *el Período Especial* (as the time of Great Crisis became known, thanks to Fidel Castro's euphemism) ceased with the government accords to trade Cuban doctors and health workers for Venezuelan crude oil, thus benefiting both countries. That would make it three times when the Cuban Revolution came to an end or, better put, when it survived the social forces that might have caused it to end. As Stinchcombe put it, "Revolution ends to the degree that governments are built that can slow down rates of change of relative power and decrease uncertainty about who, and what policies, will rule in the near and medium-range future."<sup>27</sup>

Stinchcombe went on to establish the various kinds of governments that the uncertainties built into a revolution can give rise to: conservative authoritarianism (e.g., Franco in Spain); independence from colonialism (e.g., American Revolution of 1776, Cuba's independence from Spain); military defeat and occupation governments (e.g., Reconstruction in the US South, MacArthur's occupation government in Japan after World War II); totalitarianism (e.g., the Nazi, Soviet, and Maoist revolutions, all of which created special social structures that promoted ideological mobilization under regime control, thus mobilizing assent from below—as was also the case in Cuba); caudillismo (common in Latin America, as with Trujillo in the Dominican Republic); and political, electoral democracy.<sup>28</sup> To Adam Przeworski, entrusting one's welfare to the votes of others is the central continuation of the uncertainty of the revolution into a democratic end of revolution.<sup>29</sup> For Stinchcombe, electoral democracy is, unfortunately, "an unlikely outcome of revolutionary processes alone, without the help of conquest," because electoral democracy requires such trust and the creation of the certainty of the law, which are hard to generate in a situation of uncertainty.<sup>30</sup> To this I add that they are also hard to generate when there are hardly any historical antecedents, as is the case of Cuba. As Stinchcombe underscored, revolutions "are stopped by building a government" that will render "the distribution of powers more certain than they are during a revolution."<sup>31</sup> To my mind, the Cuban government during the years that are called "the Revolution" (1959 to today) built and rebuilt itself three times.

### **“La Revolución cubana empezó entre 1956 y 1957 y concluyó en 1976”**

*Rafael Rojas*

El análisis crítico del término revolución es tarea pendiente de la historiografía y las ciencias sociales en Cuba. Tal vez sea en esa isla del Caribe donde el con-

cepto de revolución se socializó de un modo más prolongado, si se compara la experiencia cubana con otras revoluciones modernas, como la francesa, la rusa o la mexicana. Esa peculiaridad reside en el hecho de que “la Revolución”—con artículo y con mayúscula—, además de un fenómeno del pasado, es una noción básica de la ideología del Estado, que confunde su significado con el de otros conceptos integradores de la comunidad como nación, patria o socialismo e, incluso, con las figuras de sus dos líderes históricos: Fidel y Raúl.

En *Historias de conceptos* (2006), Reinhart Koselleck sostiene que en la modernidad, revolución es a la vez un concepto y una metáfora, que trascienden el significado primario de insurrección, revuelta o toma violenta del poder. En casi todas las revoluciones modernas, que siguieron a la francesa de 1789, y no tanto a la norteamericana de 1776, los propios actores del cambio hicieron del concepto de revolución una metáfora que aludía a una entidad abstracta, colocada por encima del proceso histórico mismo. Al metaforizarse, la revolución se convertía en un sujeto, con su propia voluntad y su propia racionalidad. Como Robespierre, Lenin o Zapata, los líderes de la Revolución cubana muy pronto se dieron cuenta de ese fenómeno y comenzaron a hablar de lo que “la revolución pensaba, deseaba o sentía.”

Pero si como metáfora, la revolución puede ser eterna, como concepto que significa un proceso de cambio histórico, es necesariamente efímera. Si aceptamos la definición básica de revolución como destrucción del antiguo régimen y construcción del nuevo, legada por la mejor historiografía liberal o marxista (p. ej. Tocqueville, Marx, Guizot, Carr, Wood, Lefebvre, Cobban, Furet, Guerra, Knight, McMeekin), habría que concluir que la Revolución cubana sucedió entre mediados de los años 50 y mediados de los 70, cuando finaliza la construcción del nuevo Estado socialista.

Si tuviera que elegir un año, diría que la Revolución cubana concluyó en 1976, pero no porque entonces se aprobara la nueva Constitución socialista sino porque dicha Constitución y la instalación de la Asamblea Nacional del Poder Popular dieron término a la institucionalización. En Cuba, como en la Unión Soviética estalinista de 1936, y a diferencia del México carrancista de 1917 o de la Francia republicana de 1793, la Constitución fue el cierre y no el punto de partida de la edificación del nuevo orden. En 1976 se constitucionalizó la génesis del Estado socialista.

No todos los historiadores, marxistas o liberales, son partidarios de incluir el proceso de construcción del nuevo Estado dentro de la temporalidad revolucionaria. François Furet siempre fue partidario de entender el directorio, el consulado y el imperio como fases de la Revolución francesa y Alan Knight prolonga la Revolución mexicana hasta el cardenismo, que es cuando el nuevo orden termina de perfilarse. Pero Sean McMeekin, en su reciente *The Russian Revolution: A New History* (2017), deja la institucionalización estalinista fuera del período revolucionario ruso. Mi posición es más cercana al enfoque de

Knight, por lo que incluyo la institucionalización del nuevo orden socialista dentro de la semántica histórica de la Revolución cubana

En toda revolución, el concepto de antiguo régimen cambia de significado rápidamente, a medida en que los actores revolucionarios se moderan o radicalizan. De ahí que, a mi entender, haya que ubicar el inicio de la Revolución cubana entre 1956 y 1957, cuando se generaliza la idea de una remoción violenta del régimen batistiano. El asalto al cuartel Moncada en julio de 1953 no es, propiamente, el inicio de la revolución ya que entonces no existía lo que Lenin habría llamado una “situación revolucionaria.” Dicha situación, en cambio, sí está bastante extendida a principios de 1957. Entonces el antiguo régimen era la dictadura de Batista: tres años después será toda la experiencia republicana de la isla.

### **Comentarios finales**

#### *Julio César Guanche*

Tengo dudas sobre el carácter de revolución abortiva del proceso cubano de 1930–1933. El escenario cubano que desembocó en la Constitución de 1940 representó un cambio social y estatal que llevó a una ruptura respecto a la república oligárquica (1902–1933) y de sus modos de control de la economía, la política y la cultura. La dimensión de los cambios en esas dimensiones fue tan significativo como para habilitar la existencia de una segunda república después de 1933.

Tres *items* posibles para comprender la magnitud del cambio fueron la emergencia de una nueva, vasta y muy diversificada sociedad civil, con amplia acción colectiva; el desarrollo de un nuevo y profundo nacionalismo con base en la elaboración del mestizaje como esencia de lo nacional; y la creación de un papel por completo novedoso para el Estado en su capacidad de intervenir en la economía.

Considerar estos temas es relevante porque parte de una metodología de estudio que discute varios enfoques defendidos en este *dossier*: el de la revolución abortiva, la revolución desde arriba, el papel sobredeterminante del liderazgo y el carácter político de la insurrección cubana de la década de 1950 frente al social del proceso pos 1959.

El enfoque de la revolución política en la década de 1950 no da cuenta del programa que fue adquiriendo la insurrección cubana a partir, sobre todo, de 1956, codificado en la frase que repudiaba tanto el 10 como el 9 de marzo, o sea, la denuncia integral del estatus al que había conducido el reformismo republicano a partir de 1940. El carácter social del proceso pos 1959 no aprecia del todo las nuevas dinámicas específicamente políticas, que también estuvieron en la base de los consensos de entonces, como los nuevos espacios abiertos



para la participación social ampliada, aunque tuviese restricciones en la desviación burocrática de la participación como movilización.

El argumento de la revolución desde arriba permite analizar el liderazgo, pero es menos capaz de observar los procesos de movilización social y cambio cultural desde abajo que fueron condición y resultado del proceso pos 1959. Por ejemplo, cómo una sociedad que en la década de 1950 había elaborado este verso popular: “yo no tumbo caña, que la tumbe el viento, que la tumbe Lola, con su movimiento,” acudió en número extraordinariamente masivo a cortar caña y a participar de la producción en general. Es cierto que esa adrenalina terminó, y hay que explicar cuándo y por qué. Por lo mismo, también son necesarias más explicaciones sociales y culturales sobre las bases políticas del proceso revolucionario ya institucionalizado.

En este aspecto, el enfoque de Alan Knight sobre el cardenismo me parece productivo, cuando lo interpreta a la vez como un proyecto desde arriba y desde abajo: como una dinámica de pulsiones de sectores trabajadores y campesinos (a favor de la reforma agraria, y de la nacionalización del petróleo, empujada esta por conflictos entre los trabajadores y las empresas extranjeras), al tiempo que desarrolló políticas ejecutadas desde arriba (como el programa de educación socialista).

Este enfoque permite apreciar el papel del liderazgo, pero lo sitúa como un punto en el mapa y no como sustitutos del conjunto del mapa. Visibiliza actores, repertorios y demandas diferentes para ofrecer una explicación más integral sobre los orígenes de las demandas populares y sobre sus bases de sustentación. Creo que el enfoque es válido también para el análisis de la Revolución cubana, un proceso que no deja dudas sobre el carácter desde arriba de un número muy significativo de sus políticas, pero cuyos consensos, y sus crisis, son explicables en gran medida por sus procesos generados también desde abajo.

*Jennifer Lambe*

In reading the insightful submissions of my fellow respondents—as well as Yvon Grenier’s thought-provoking introduction—I am struck by the tight knot that binds revolutions to their scholars. The classic example may well be Edmund Burke’s critical take on French radicalism, which became an indispensable part of the (counter)revolutionary canon. When it comes to revolutions, however, academic intervention is not merely an imposition on the part of prickly experts. In fact, in the case of Cuba, social scientists were sometimes hailed by the very process they sought to study, thereafter subsumed into its fabric and its archive.

Some of our best accounts of 1960s Cuba, for example, were written by social scientists who traveled to the island in the dual capacity of disciplinary expert and revolutionary sympathist. As they discovered, their contributions

were welcome only up to the point where they did not conflict with official orthodoxy. The politicization of expertise left scholars with no choice but to write accounts that would be taken, whatever their intentions, as critical and therefore verboten. Even so, many were as eager as their Cuban counterparts to let “the Revolution” take the intellectual lead, reexamining well-worn paradigms in light of the evidence afforded by the island’s present. In fact, the pervasive sense that the Revolution was breaking historical molds came not only from revolutionary leaders but also from the political scientists, sociologists, and anthropologists who traveled there to study it.

Yet, for a long time, historians of Cuba have inhabited more complicated terrain, given the context of an officially “unending” Revolution. In his piece, Julio César Guancho orients us to Furet’s tantalizing prescription that a revolution must be “put on ice” to study it, with the historian serving as the agent of “termination.” This, of course, would represent a politically uncomfortable proposition in the Cuban context. In a suggestive contrast, Guancho also offers Hobsbawm’s vision of the historian’s task, that of documenting the “permanent transformations” wrought by revolution. This might be usefully counterposed with the distinction referenced by Rafael Rojas, per Reinhart Koselleck, between the revolution as concept and the revolution as metaphor, with the latter allotted a less constrained life span.

Both raise the question of whether we must first declare the Revolution over in order to properly historicize it. Perhaps there is room instead to write a critical history of its present. If a new historiographical school on post-1959 Cuba is overdue, as Rojas suggests, this might represent one of its principal tasks. Historians of the Revolution can certainly contribute to the process of marking the arc of its “pastness.” But they also have much to offer when it comes to excavating the contingencies, silences, and contestation that shaped the revolution’s emergence and trajectory thereafter.

#### *Carmelo Mesa-Lago*

Rather than individual comments I thought better to do comparisons among the six essays here. Most participants pinpointed a year for the end, whereas I and Domínguez argued that it was not sudden but gradual. Four selected the year 1976 (Domínguez, Guancho, Pedraza—one of three endings—and Rojas). Lambe believes that it is premature to set a date, and Guancho thinks that the myth persists.

Choosing the year 1976 or the mid-1970s is explained by several factors: the failure of the ten-million-ton harvest and moral stimulation, the end of mobilization, and Sovietization. More specific are the enactment of the Constitution, the convocation for the first Communist Party congress, the creation of the National Assembly, and institutionalization. Domínguez deems those factors to be, symbolically and practically, “the definitive step of the Revolu-

tion toward bureaucratic socialism” and “the reign of a government that preserves the past.” Guanche argues that “the revolution could be ‘permanent,’ as in Trotsky,” but it “cannot be infinite”; the “political regime” is still alive, but since 1976 the Cuban Revolution is over. Rojas adds that the Constitution and the National Assembly crystalized the institutionalization process.

According to Lambe, “some scholars” could argue that either the 1970s with Sovietization (that generated routinization) or the Special Period (which supposedly provoked penury) marked the “true terminus” of the Revolution, and “by objective standards, they might be right.” She adds other clues such as the obsession with the past, as prospects for the future glory evanesced, and that the youngest generation hardly knows the revolution. Lambe then resorts to the metaphysical, a point made by Rojas, that Fidel and the revolution became one and the same and were infused into the people’s psyche, which is still alive (alas, though, not for the youth). She concludes that it is premature to announce the finale and conveniently leaves the task of defining the extinction criteria to social scientists.

Somewhat in between is Guanche, with the idea that the revolution transforms key elements of the world and unleashes forces that continue altering it. The revolution is dead but continues as a national myth for loyalists and opponents, independent of what we believe is the real situation.

Through a political angle, I concord with the notion that the revolution ended in the 1970s, but being the only economist in the group, I focus on the fundamental economic and social goals of the revolution and how they were smashed by the crisis of the 1990s after the collapse of the Soviet bloc (Pedraza gives this also as a third ending). Venezuela provided a new umbilical cord of aid, trade, and oil supply, but not enough to reinstate the original goals; its crisis brought another blow to the goals. In 2016, most economic and social indicators were below the peaks of 1985. The achievement of the revolutionary goals was substantially helped by US\$100 billion provided during 84 percent of the revolution. Without another strong subsidizer, the goals are doomed.

#### *Silvia Pedraza*

In contrasting the short essays we have, it is interesting to see the high level of consensus regarding the period 1970–1976 as the historical moment when the Cuban Revolution ended. Before that time period, as Jorge Domínguez has emphasized, people who believed in the goals of the revolution and its future threw themselves body and soul into the cause. That meant that one’s personal life—family and friends—were completely subordinated to the revolution. After that time period, Julio Cesar Guanche defined Cuba as being in a postrevolutionary institutional regime; Domínguez defined it as essentially a conservative government, when political processes became bureaucratized and daily life entered a less heroic phase. As Guanche underscored, this does

not mean that it ceased to exist as a national myth, for those who defended it or for its enemies.

Moreover, both Guanache and Rafael Rojas remind us of the importance of language not only for what it says but also for what its proponent does with that language, particularly in constructing relationships of power and hegemony. Even more, as Rojas stressed, that use of language can be seen not only in that it created an identity between the figure of Fidel and the revolution but also in its maximum expression when Fidel (and recently Raúl) spoke of *la Revolución* in the third person. Their expectations of Cubans were then made clear, while at the same time robbing Cubans of their ability to make decisions as to the course of their own history. Rojas pointed out that we ought to learn what Cubans on the island think today of the revolution and how they talk about it. Academics who study the trajectory of the revolution could help us learn by not focusing only on what happened or what was said but also on what did not happen or was not said. However, academics are hardly allowed to study the revolution, much less in an openly critical fashion, so that kind of understanding for the most part remains outside of our reach. It can, however, be gleaned occasionally by those who travel around the island in sympathy with the lives of ordinary Cubans and listen to what they have to say. They repeatedly say that in Cuba there is no future; today Cubans have little trust in their government.

As in the case of the Mexican Revolution, in Cuba the notion of the revolution has continued to exist as a national myth, long after its revolutionary origins. I add that in Mexico the notion of the revolution continued long after it should have, as the public policies of the Partido Revolucionario Institucional (PRI) seldom benefited those in whose name the revolution was made. As I was able to witness, in Mexico City the earthquake of 1985 (as well as the one just past) resulted in people on the streets staring at the buildings that had collapsed and blaming the government for their unsound construction. Fifteen years later the Partido Alianza Nacional broke the hegemony of the PRI's seventy-one years in power. The political consequences of the recent earthquake remain to be seen. For Cuba, the political consequences of Venezuela's crisis also remain to be seen, as that crisis continues to deepen. As Carmelo Mesa-Lago underscored, unless "another strong subsidizer" of the revolution were to appear, what the Soviet Union was in the past, the social and economic goals of the revolution—to reduce inequality—are doomed. Because we are no longer living in a Cold War world divided into two enemy camps—the first world of the United States and the second world of the Soviet Union—that forced the underdeveloped third world to take sides and to become part of their struggle, we cannot expect another great subsidizer to buoy Cuba. If Venezuela's limited but real assistance to Cuba were to come to an end, the

Cuban Revolution may also come to a real end. Lifeless, it may also cease to be a national myth.

*Rafael Rojas*

La supuesta eternidad de la revolución en Cuba se basó, desde muy pronto, en el significado que ese concepto adquiriría en el lenguaje de sus dirigentes, especialmente en la oratoria de Fidel Castro. A medida que el líder consolidaba su liderazgo máximo, entre los años 60 y 70, la semántica del término se fue desdoblado, hasta confundirse con el sentido de toda la historia de Cuba. En el habla de Fidel la revolución era el pasado, el presente y el futuro de Cuba: la historia total de la isla.

Unas veces, como en el famoso discurso de 1968, en el centenario del Grito de Yara, era el motor del devenir nacional. Otras, como en cada celebración del 26 de Julio, era una trama excluyente, circunscrita a su propio movimiento político entre 1953 y 1959. Pero la metaforización del concepto llegaba a su máxima expresión cuando Castro hablaba de la revolución en tercera persona e interpretaba lo que ella, la Diosa Revolución, creía o esperaba del mundo o de los cubanos. Ese uso de la palabra acogía el significado, ya no del pueblo, del gobierno o de la unidad entre ambos, sino del núcleo estratégico del poder, de la máxima dirigencia del país.

Fidel Castro le puso rostro al concepto de revolución en Cuba. Cientos, miles de funcionarios del Estado y buena parte de la ciudadanía hablaban de la revolución como una persona racional o sensible, no como un proceso histórico que había abierto las puertas al régimen socialista. Es en esa dimensión que el concepto actúa como una representación teológica o mítica, que resta civismo a la cultura política porque trasmite al ciudadano la idea de que el curso de su historia es decidido por una entidad que lo trasciende.

La positividad siempre a prueba del vocablo revolución, con toda su carga emotiva e, incluso, afectiva, se superpuso al significado del concepto de socialismo. A diferencia de lo que sucedió en la Unión Soviética y Europa del Este y que, en buena medida, explica las transiciones democráticas de los 80 y 90, en Cuba el concepto de socialismo nunca rebasó al de revolución. O, lo que es lo mismo, la revolución nunca fue vista plenamente como un evento fundacional, que había quedado atrás. Ese mecanismo lingüístico neutralizó la crítica al socialismo burocrático por medio de la identificación icónica con la epopeya originaria.

Si desde un punto de vista histórico podemos afirmar que la Revolución cubana concluye con la institucionalización del Estado socialista, en los 70, desde el punto de vista sociológico habría que localizar, con mayor precisión, cuándo cambia o cuándo se agota, si es el caso, el uso colectivo del término en la población de la isla. ¿Qué entienden hoy los cubanos por revolución cuando

usan, si es que usan, la palabra? ¿Piensan la revolución como un fenómeno vivo o como un proceso histórico del pasado? Una historia de la socialización del concepto, en Cuba, permitiría reconstruir el proceso ideológico de la isla desde una perspectiva ciudadana.

La muerte de Fidel Castro agrega mayor urgencia y complejidad a ese enfoque, por lo decisiva que fue su voz en la semántica del concepto. En la introducción a su monumental historia de la Revolución rusa, Richard Pipes sugería que, a cierto nivel, aquella revolución “solo finalizaba con la muerte de Stalin en 1953.” En 1917 se habían producido la revolución democrática de febrero y el golpe bolchevique de octubre, pero la historia del Estado construido por el estalinismo debía extenderse hasta la caída del muro de Berlín y la desintegración de la Unión Soviética.

En las últimas décadas, la semántica de la Revolución cubana está vi- viendo mutaciones que atraen la mirada de los académicos. En buena medida, la construcción de un modelo más plural e inclusivo, en el presente, tiene como trasfondo una idea crítica de la experiencia revolucionaria cubana en el pasado. No basta con reprobarnos el autoritarismo del Estado de hoy, desde una visión nostálgica de la revolución de ayer. Es preciso avanzar, a la vez, en el deslinde conceptual entre la Revolución cubana y el Estado socialista, así como en la pluralización histórica de ambos procesos.

## NOTAS

1. Una posible excepción sería Venezuela, donde por cierto existe una fuerte influencia cubana.

2. Véase Martín Malia, *History's Locomotives, Revolutions and the Making of the Modern World* (Yale University Press, 2006), “Appendix 1: Revolution, What’s in a Name?” 287–301.

3. Por la misma razón, resulta raro afirmar que Cuba está permanentemente en transición. Desde 1991, la Association for the Study of the Cuban Economy (ASCE) publica anualmente sus actos de conferencia bajo el título de *Cuba in Transition*, sin lugar a duda, un título más atractivo (aunque menos preciso) que *Continuity in Cuba*.

4. Yo contesto no a esas preguntas en Yvon Grenier, “The Revolution Is Over, Isn’t it? The Use and Abuse of the Term ‘Revolution’ in Cuban Studies,” presentación en la conferencia anual de Association for the Study of the Cuban Economy, Miami, July 2017. Ver también Yvon Grenier, *Culture and the Cuban State: Participation, Recognition and Dissonance under Communism* (Nueva York: Lexington Books, 2017).

5. Carmelo Mesa-Lago and Jorge Pérez-López, *Cuba under Raúl Castro: Assessing the Reforms* (Pittsburgh, PA: University of Pittsburgh Press, 2013).

6. Carmelo Mesa-Lago, *Cuba in the 1970s: Pragmatism and Institutionalization* (Albuquerque: University of New Mexico Press: 1978).

7. Carmelo Mesa-Lago, *Market, Socialist and Mixed Economies: Comparative Policy and Performance—Chile, Cuba and Costa Rica* (Baltimore: Johns Hopkins University Press, 2000).

8. Mesa-Lago, *Market, Socialist and Mixed Economies*.

9. Mesa-Lago, *Market, Socialist and Mixed Economies*, 289.

10. Carmelo Mesa-Lago, "Social Welfare and Structural Reforms in Cuba, 2006–2017," in *Cuba in Transition* (Washington, DC: ASCE, 2017).
11. Carmelo Mesa-Lago, "Retorna la crisis a la economía cubana," *Política exterior* (Madrid), noviembre 2017.
12. Walter Benjamin, *Illuminations: Essays and Reflections*, ed. Hannah Arendt, trans. Harry Zohn (1968; New York: Schocken Books, 2007), 261.
13. Benjamin, *Illuminations*, 262. Zohn translation: "Who would have believed it! we are told that new Joshuas / At the foot of every tower, as though irritated with / Time itself, fired at the dials in order to stop the day."
14. Jean-Paul Sartre, *Sartre on Cuba* (New York: Ballantine Books, 1985), 99. See also Jill Lane, "Smoking Habaneras; or, A Cuban Struggle with Racial Demons," *Social Text* 104 28, no. 3 (2010): 11–37.
15. Sartre, *Sartre on Cuba*, 113.
16. I am grateful to José Quiroga for helping me to develop my thinking on this point.
17. On this point, see also Alejandro de la Fuente, "La ventolera: Ruptures, Persistences, and the Historiography of the Cuban Revolution," in *The Revolution from Within: Cuba, 1959–1980*, ed. Michael Bustamante and Jennifer Lambe (Durham, NC: Duke University Press, forthcoming).
18. Roberto Fernández Retamar, "Hacia una intelectualidad revolucionaria en Cuba," *Cuadernos Americanos* 149, no. 6 (November–December 1966): 53.
19. Michael Bustamante, "Anniversary Overload? Memory Fatigue at Cuba's Socialist Apex," in *The Revolution from Within: Cuba, 1959–1980* (Durham, NC: Duke University Press, forthcoming).
20. Yvon Grenier, "The Revolution Is Over, Isn't it? The Use and Abuse of the Term 'Revolution' in Cuban Studies," paper presented at the annual meeting of the Association for the Study of the Cuban Economy (ASCE), Miami, July 29, 2017.
21. Silvia Pedraza, *Political Disaffection in Cuba's Revolution and Exodus* (New York: Cambridge University Press, 2007).
22. Jeff Goodwin, *No Other Way Out: States and Revolutionary Movements, 1945–1991* (New York: Cambridge University Press, 2001).
23. Jack A. Goldstone, "Toward a Fourth Generation of Revolutionary Theory," *Annual Review of Political Science* 4 (2001): 139–187.
24. Charles Tilly, *European Revolutions, 1492–1992* (Malden, MA: Blackwell, 1995).
25. Nelson Amaro Victoria, "Mass and Class in the Origins of the Cuban Revolution," in *Cuban Communism*, ed. Irving Louis Horowitz (New Brunswick, NJ: Transaction, 1981), 221–251.
26. Carmelo Mesa-Lago, "Economic and Ideological Cycles in Cuba: Policy and Performance 1959–2002," in *The Cuban Economy*, ed. Archibald R. M. Ritter (Pittsburgh, PA: University of Pittsburgh Press, 2004), 25–41. Also see his contribution to this discussion.
27. Arthur L. Stinchcombe, "Ending Revolutions and Building New Governments," *Annual Review of Political Science* 2 (1999): 54.
28. Stinchcombe, "Ending Revolutions," 64–65.
29. Adam Przeworski, "Some Problems in the Study of the Transition to Democracy," in *Transitions from Authoritarian Rule: Prospects for Democracy*, ed. Guillermo A. O'Donnell, Philippe C. Schmitter, and L. Whitehead (Baltimore, MD: Johns Hopkins University Press, 1986).
30. Stinchcombe, "Ending Revolutions," 56.
31. Stinchcombe, "Ending Revolutions," 71.